

Mis encuentros con Pereda

Juan González Ruiz. Inspector de educación

Recuerdo muy bien cuándo y cómo tuve por primera vez conocimiento de quién había sido José María de Pereda. Lo recuerdo como se suelen recordar las cosas de niño, porque yo tenía entonces sólo nueve años. Y lo he recordado mucho tiempo después, ahora mismo, porque en aquellos momentos de mi infancia andaluza nada podía hacer presagiar que, pasado ya más de medio siglo, mi relación con Pereda habría de ser mucho más estrecha y cercana: tan profunda y personal como que mis últimos años de vida activa como funcionario dedicado a tareas educativas los he pasado en la casa que el novelista se hizo construir en el barrio de la Iglesia, núcleo espiritual del municipio de Polanco: como quien dice, he sido su huésped póstumo. Allí, además, he podido atisbar algunos aspectos de la vida del novelista montañés poco conocidos pero no carentes de interés: éste es el motivo por el que, al hilo de vivencias muy personales, publico este escrito, junto con algunas ilustraciones inéditas, en la revista digital en la “casa de Pereda”.

Acudía yo en mis años infantiles a un colegio de Utrera, en la provincia de Sevilla, donde vivía con mi padre y mi madre, andaluz él y castellana ella. Coursaba entonces el año de ingreso al Bachillerato, en el que era libro de lectura uno muy usado en aquella y en anteriores y posteriores épocas: el *Libro de España*, de la Editorial Luis Vives, de Zaragoza.



Fig. 1. El libro de España

Quienes lo hayan leído en sus tiempos escolares recordarán sin duda el hilo argumental de tal libro: un recorrido, muy acorde con los criterios ideológicos de la época franquista¹, por la geografía, la historia, el arte, la economía, y otros variados aspectos de la naturaleza y la cultura de nuestro país. Un par de hermanos huérfanos, Antonio y Gonzalo, emprenden desde Francia un largo y enrevesado itinerario por todas las regiones españolas en busca un pariente que les acoja. Para bien y para mal, la nómina de monumentos y de personales ilustres que aparecen en el libro, tantas veces leído y releído, forma una parte importante de mi sustrato cultural.

En su accidentado viaje, los dos hermanos no pasan por Santander, pero un vendedor ambulante pasiego que les acompaña durante un tiempo, el señor Roldán, les habla de la capital de su provincia natal, la Montaña, de sus bellezas y de sus hijos ilustres. Entre ellos, naturalmente, Marcelino Menéndez Pelayo y José María de Pereda.



Fig. 2. Página de *El Libro de España* con alusiones a Santander y a Pereda.

¹ Me refiero, naturalmente, a la versión de los años 50 del pasado siglo. La original data de 1928.

Por aquel entonces acudía yo en verano a casa de mi tía, maestra en la provincia de Palencia, en cuyo desván encontré unos años después, adolescente ya, un tesoro en forma de colección de viejas revistas de los años treinta del pasado siglo XX; entre otras "Lecturas", que por aquella época era una publicación dedicada a la literatura y el arte (incluido el cine) por completo diferente a la que actualmente lleva el mismo título.



Fig. 3. Portada de la revista *Lecturas* en la que comenzó a publicarse *El Sabor de la tierra*.

Y en uno de sus números, el 154 correspondiente a marzo de 1934 (Fig. 3), empecé a leer una novela apasionante de uno de aquellos montañeses ilustres, José María de Pereda, bien distinta a las otras dos que, por obligación de estudios, había medio leído hasta entonces ("Peñas arriba" y "Sotileza"): se titulaba ésta "El sabor de la tierra", y contaba la vida cotidiana, idílica en sus gozos y en sus sombras, de unas pequeñas aldeas situadas en la provincia de Santander, aquella "Cantabria" o "Montaña" tan ensalzada por el señor Roldán de mis otras lecturas infantiles.

El relato, seriado en cuatro números consecutivos de la revista, aparecía ilustrado con deliciosos dibujos de un tal Apeles Mestres, que los firmaba con un bello monograma y de cuya obra pronto tuve alguna otra noticia. No así de las localidades que aparecían en la novela, cuyos sugerentes nombres me resultaba imposible localizar en mapa alguno. Dos de aquellas ilustraciones centraron mi interés. Una de ellas la que hacía las veces de portada, por ser la primera, que representaba una pequeña iglesia o ermita con una humilde espadaña, bien distinta a los solemnes y poderosos templos tan comunes en Andalucía y en Castilla; como también resultaba distinto el robusto árbol, una cagiga según el texto y una encina según mi vocabulario botánico, que aparecía en primer término.



Fig. 4. Portada de la primera edición de *El sabor de la tierra*, reproducido en la revista *Lecturas*.

La otra reproducía un lance de un juego nunca visto por mi: ninguno de los pasatiempos infantiles practicados en las dos regiones de mi infancia y mis años mozos se parecía a ese otro, descrito por Pereda de forma tan ajustada a su primaria rudeza y a su emocionante dinamismo: la "brilla", con sus elementales instrumentos, la "cachurra" y la "catuna".



Fig. 5. El juego de la *brilla* visto por Apeles Mestre tal como aparece en *El sabor de la tierra*, tanto en la primera edición como en la de la revista *Lecturas*.

Todo lo cual acrecentó en mí el deseo de conocer el escenario real del relato y de las costumbres que en él aparecían, y de comprobar en qué medida podían pervivir, pasado casi un siglo, tal cual habían sido retratadas por el novelista en 1882, fecha en que apareciera su primera edición.

Enseguida supe que aquellas aldeas de ilocalizables nombres correspondían a las del entorno en que el autor de la novela había nacido y vivido sus años infantiles: Polanco, en la entonces llamada provincia de Santander. Y que de ahí procedía la viveza de la narración y la autenticidad de las descripciones. Pero, enfrascado en los estudios y trabajos de la juventud y de la primera madurez, no pasaron de ahí mis inquisiciones, y el señor Pereda, como quien dice, dejó de interesarme, y mucho menos de alimentar el deseo de profundizar en el conocimiento de su vida y de su obra.

Hasta que, por diversas circunstancias entre las que la voluntad jugó un papel más importante que el azar, en el verano del año 1974 nos instalamos en Santander mi familia y yo, que acababa de ganar las oposiciones a Inspector de Educación. José María de Pereda no era ya sino un brumoso recuerdo, no más que un poso de los estudios de Bachillerato y de los años llamados "comunes" de Filosofía y Letras; el desván de mi tía había sido desmantelado y de su colección de revistas no quedaba rastro alguno. Mis preocupaciones culturales habían cambiado radicalmente, y mi mundo era otro.

Pero, de repente, Pereda volvió a irrumpir de nuevo en ese otro nuevo mundo particular. Mi primera zona de inspección incluía el municipio de Polanco, y allí estaba, entre el colegio de monjas y la escuela pública, que hubieron de recibir mis visitas de inspección a poco de comenzar el curso siguiente, la casa natal de José María Pereda casi tal cual se mostraba en el dibujo de Apeles Mestres que yo recordaba haber visto en alguna de las entregas mensuales de *El sabor de la tierruca* leídas en las viejas revistas de mi tía. No me atreví a entrar en ella, como tampoco en otra casa, de distinto porte, situada allí mismo y rodeada de una cerca. La primera se encontraba cerrada tantas veces acudía yo a Polanco; la segunda, de la que se me informaba que había sido mandada construir por el mismísimo Pereda para residencia propia, estaba ocupada por la Sección Femenina del Movimiento, la organización política única y exclusiva para las mujeres de la época franquista; y yo era muy celoso tanto de mis competencias profesionales, que no comprendían asuntos tales, cuanto de mis propias afinidades electivas.

No pude reconocer, sin embargo, la solemne estampa que daba portada a la novela. La cagiga había desaparecido, y sólo se conservaba, a modo de monumento conmemorativo sobre una borrosa inscripción, un trozo casi fosilizado de su tronco muerto. La espadaña

de la iglesia, dedicada según supe a *San Pedro ad Víncula*, había sido sustituida por una torre prismática, más firme y con fortaleza mayor para soportar el peso de las campanas. Fui poniendo nombre a los escenarios de la novela perediana, y he de confesar que *Cumbrales* perdió algo del encanto que hasta entonces había tenido para mí al convertirse en el *Barrio de la Iglesia*.

Mis prioridades eran entonces que todas las localidades del municipio de Polanco fueran dotados de los servicios educativos mejores y más adecuados a sus condiciones geográficas y sociales. De las relaciones a que tales trabajos me llevaron guardo los mejores recuerdos, especialmente de tres personas que, cada uno desde sus propios intereses y circunstancias, facilitaron mi trabajo y me mostraron grandes dosis de comprensión y colaboración: Julio Cabrero (padre) como alcalde del Ayuntamiento, Luis Lobón como maestro de la escuela unitaria pública, y sor Teresa del Castillo como directora del colegio de Hijas de la Caridad. Pasados pocos años se lograron tanto la adecuación de este último al nuevo sistema educativo cuanto la erección de un colegio público completo y moderno, al que, si no se le dio el nombre de José María de Pereda por la existencia de otro homónimo en la cercana Torrelavega, se le otorgó el de quien escribiera el prólogo a *El sabor de la tierruca*: su más conspicuo amigo Benito Pérez Galdós, perpetuando de esta manera el recuerdo de una amistad ejemplar.

Tendría que esperar a mis últimos años de servicio activo, hace algo más de un lustro, para tener un nuevo y muy fecundo contacto con José María de Pereda. La ocasión se dio cuando fui encargado por la Consejería de Educación de poner en marcha un centro para la conservación y recuperación de nuestro pasado escolar, algo así como un museo escolar, precisamente en la casa que el novelista se había mandado construir en 1872 (Fig. 6), recién restaurada tras el abandono que siguió a su ocupación, durante casi cuarenta años, por la Sección Femenina. Entre unas cosas y otras, de Pereda quedaba poco en la casa, así es que el equipo de profesionales del Centro de Recursos, Interpretación y Estudios de la Escuela (que fue el complicado nombre que se dio oficialmente a la institución) hubimos de hacer un intenso esfuerzo de síntesis para armonizar nuestro propio nacimiento con el centenario de la muerte de José María.



Fig. 6. La antigua casa de Pereda en el barrio La Iglesia de Polanco, sede ahora del Centro de Recursos, Interpretación y Estudios de la Escuela.

Surgió así todo un programa de actividades y de propuestas de participación bajo el nombre genérico de *¡A jugar con Pereda!* Su núcleo era precisamente el juego tan certeramente descrito en *El sabor de la tierruca*, que, por una feliz coincidencia, había sido adoptado como emblema por un grupo de animosos maestros empeñados en conservar y difundir los juegos populares y tradicionales de Cantabria: *La Brilla*.

Profundizar en la obra de Pereda me permitió conocer detalles de sus escritos en los que se refleja la situación de la enseñanza mediado el siglo XIX, ajena por completo en su miseria tanto a los intentos de modernización de una sociedad anclada en su más arcaica tradición cuanto a los tímidos ensayos de construcción de un sistema educativo nacional. Empecé a valorar mucho más sus escritos, y a encontrar en ellos sugestivos puntos de vista lejos del monolítico cliché de narrador costumbrista sumiso a la tradición con que venía siendo presentado en los manuales al uso de historia de la literatura española. Pero esta especie de familiaridad no se limitó a la conciencia de estar ocupando la casa que fue suya, ni a la comprensión más profunda de su obra; me llevó también a descubrir algunas facetas muy curiosas y poco conocidas de las relaciones de nuestro escritor con Castilla, a las que, de nuevo y por azares personales ajenos a mis propias intenciones, asistía como espectador de primera fila.

Todo comenzó con una visita a nuestro centro de Ángel Cea, arquitecto preocupado por las construcciones escolares y con una especial sensibilidad hacia todas las cuestiones históricas y artísticas,

especialmente las relacionadas con su profesión. Me confesó que su interés por el noble caserón que ocupábamos venía avivado porque tenía conocimiento de que él mismo era descendiente de la familia, venida de Castilla, que Pereda había instalado como guardeses de toda la finca. El origen preciso de la misma constituyó para mí una sorpresa: Quintana de Valdivielso, en la provincia de Burgos. Y es que en otra de las aldeas de la Merindad de Valdivielso tengo una casa familiar, donde paso mis ocios y desde la que indago, bien que muy superficialmente, en la historia, las tradiciones y el arte de la vieja y venerable Castilla.

He de decir que algún tiempo atrás ya había llamado mi atención un hecho sobre el que, acumulando datos y referencias, he llegado a construir una especie de estudio etnográfico que quizás vea la luz algún día futuro. El motivo inicial era la similitud entre la *cachurra*, instrumento básico del juego de la brilla descrito en *El sabor de la tierra*, y un utensilio del oficio de pastor, usado en muchos lugares de nuestro país pero especialmente en la comarca de las Merindades del norte castellano, conocido allí como *cachavo*. La iconografía comparada es extraordinariamente sugestiva, pero sin duda habrá de resultar suficiente traer aquí, como contrapunto a la ilustración de la novela perediana (Fig. 5) otras tres imágenes en las que aparece el utensilio castellano.

En la primera aparece un cachavo real, traído del Valle de Valdivielso, seguido de cuatro cachurras (Fig. 7), elaboradas en el Centro de Recursos, Interpretación y Estudios de la Escuela, de Polanco, siguiendo tanto la descripción perediana como la que se contiene en la *Memoria sobre el valle de Iguña*², redactada en 1918 por el que luego sería inspector de educación Daniel Luis Ortiz Díaz como trabajo académico propio de sus estudios en la Escuela Superior de Magisterio bajo la dirección del director de esta institución, Luis de Hoyos Sainz, seguramente uno de los más prestigiosos etnógrafos de nuestro país, muy ligado a Cantabria y fundador del Museo del Pueblo Español.

² ORTIZ DÍAZ, Daniel Luis: *El Valle de Iguña 1918*. Torrelavega, Cantabria Tradicional 2004.

Me consta que este tipo de tareas se encargaba a todo el alumnado de la Escuela, al menos dentro de la asignatura específica desarrollada por Luis de Hoyos. Qué otros alumnos de Cantabria y de Burgos pudieron haber pasado por dicho centro, así como el acceso y análisis de sus memorias escolares etnográficas análogas a la que nos ocupa, debería ser objeto de un interesante trabajo de investigación; algo de eso se ha hecho ya en Asturias.



Fig. 7. Cachurras de diversas tallas.

La segunda, una fotografía extraída de una magnífica muestra de etnografía, obra de Antonio Zavala: la biografía de Justo Peña Fernández, que pasó su vida de pastor por el entorno de la Merindad de Valdivielso (Fig. 8)³. En esta obra se ponen de manifiesto, con la autenticidad de un relato de primera mano magníficamente transcrito, los variados usos que una herramienta tan primaria como un palo de madera ligeramente curvo y abultado en uno de sus extremos puede tener en un oficio aparentemente de escaso desarrollo tecnológico.

³ PEÑA, Justo, y ZAVALA, Antonio: *El pastor del páramo*, Oyarzum, Editorial Senda, 1995, Biblioteca de Narrativa Popular, 2 volúmenes.

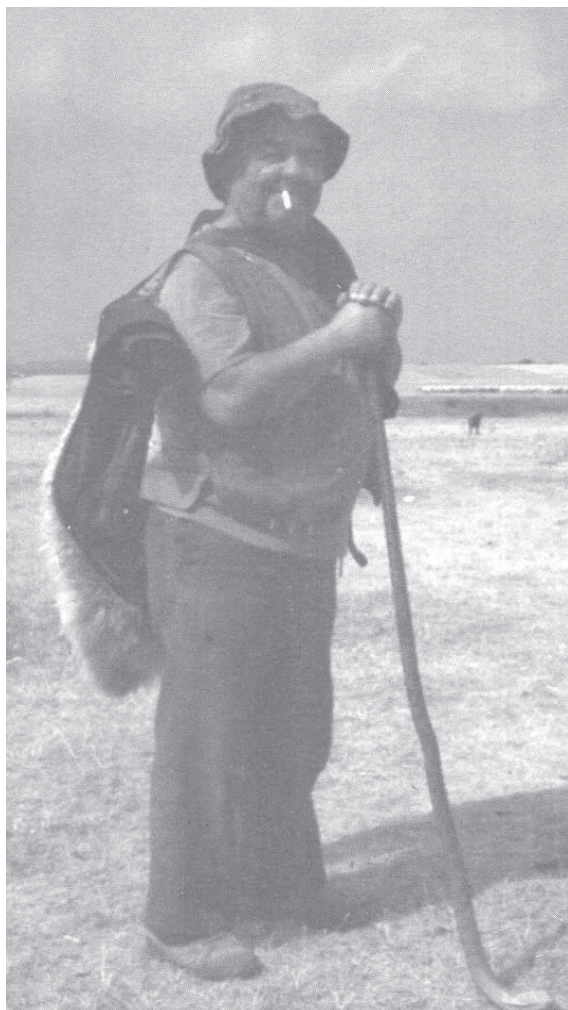


Fig. 8. Justo Peña Fernández, el pastor del páramo.

Y, por último, una representación artística medieval, que acredita el uso tradicional del cachavo, tan similar a la cachurra, en tierras burgalesas. Se trata de una de las tablas del retablo de la iglesia de San Pedro de Tejada (siglo XII), en Puentearenas, otra pequeña localidad de las que componen la Merindad de Valdivielso, que se encuentra actualmente en el Museo Arqueológico de Burgos: representa a los santos Felipe y Santiago el Menor (Santiago el de Alfeo). La tradición martirológica atribuye la muerte de este último apóstol a un golpe dado con una maza de batanero, pero el artista autor de la tabla citada (ya en el siglo XV) representa al santo con una a modo de porra, que no es sino un ejemplar cabal de *cachavo*.



Fig 9. De izquierda a derecha: santos Felipe y Santiago el Menor (o Alfeo), en el retablo de la iglesia de San Pedro de Tejada (Puentearenas de Valdivielso).

Respecto de la familia guardesa de la casa de Pereda en Polanco, poco pude averiguar en Valdivielso y su entorno: pasadas cinco o seis generaciones, la memoria entre las gentes sencillas de los pueblos de la Merindad se diluye en vaguedades o sencillamente desaparece, mientras que la documentación que pudiera aportar algún conocimiento más preciso en el mejor de los casos navega por archivos de azaroso mantenimiento y dudoso acceso.

Pero las pesquisas tuvieron una feliz recompensa. Si no la cuna de los guardeses, sí encontré en Valdivielso nada menos que la de la familia de doña Diodora de la Revilla Huidobro, la discreta esposa de José María de Pereda (Fig. 10), de la que tan escasa información se dispone: “una dama de agradable presencia, de mucha bondad y relevantes virtudes”, según un biógrafo del novelista.

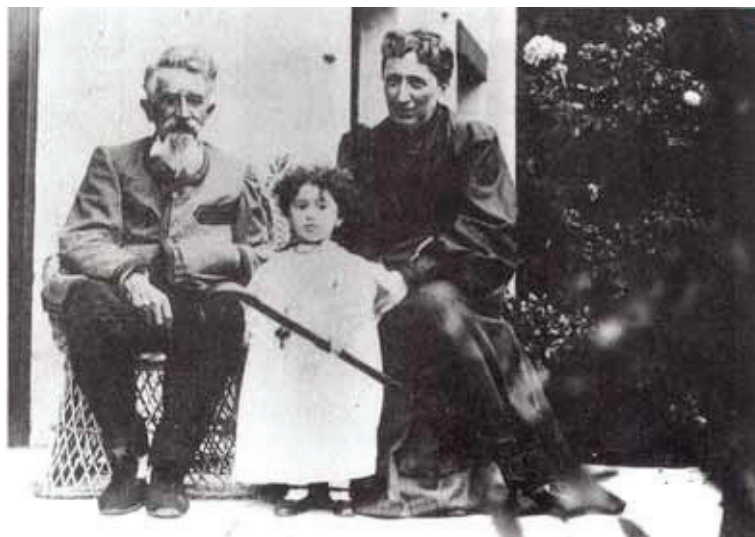


Fig. 10. José María de Pereda en 1905, un año antes de su muerte, acompañado de su esposa y de su nieta, a la puerta de su casa de Polanco.

La familia sigue residiendo en uno de los pueblos de la Merindad, precisamente Quintana de Valdivielso. Allí mantienen el recuerdo de su pariente novelista, por más que José María no reflejara en su obra gran cosa del paisaje y del paisanaje de la tierra de su esposa. Y allí cuidan de algunos tesoros históricos y artísticos de considerable importancia. Entre los segundos, la iglesia románica de San Pedro de Tejada (Fig. 11), de donde procede el retablo con la imagen de Santiago Alfeo a la que antes aludí.



Fig. 11. La iglesia de San Pedro de Tejada, en Valdivielso.

De los primeros, el colegio de niñas fundado por la familia en vida de Pereda, cuando ya éste se había casado con doña Diodora. Tuvo diversas denominaciones desde su inauguración en 1883, cuando fue encomendado a una orden religiosa ("Hermanas terciarias de San Francisco de Asís bajo la advocación de la Divina Pastora", según reza en el acta fundacional), y se clausuró en 1974, cuando, bajo el nombre de *Colegio de Jesús, María y José*, era regentado por una bisnieta de una cuñada de José María de Pereda, Belinda de la Revilla Huidobro. En el archivo fotográfico que allí se conserva, y gracias a la generosa amabilidad de la familia Palencia-Huidobro, pude tener acceso a algunos detalles de la biografía de José María de Pereda poco conocidos hasta ahora, como la existencia de la misma Belinda, bastante más joven que su hermana Diodora y de apariencia bien distinta.



Fig. 12. *Belinda de la Revilla Huidobro*: hermana de Diodora, la esposa de José María de Pereda.

Allí se guardan ejemplares de primeras ediciones de sus novelas dedicados por José María de Pereda "a mi hermano Aurelio", que denotan la excelente relación que mantenía con el hermano mayor de su esposa. Allí he podido ver alguna interesante imagen familiar que desconocía.



Fig. 13. Grupo familiar ante la puerta trasera de la casa, poco antes de la muerte en 1893 del hijo mayor de Pereda, Juan Manuel.

No menor interés encierra la fotografía sin fecha de un José María de Pereda joven y sin perilla, en una pose tan mundana y cuidada como las que adoptó en los retratos de edad madura pero con un punto de desenfado que no deja de sorprender; al dorso, una mención igualmente insólita: "Pepín Pereda".



Fig. 14. José María Pereda (*Pepín Pereda*) en sus años mozos.

El magnífico edificio del Colegio (fig. 15) se conserva cuidadosamente adaptado para el turismo rural con una dedicación especial al conocimiento del arte y la naturaleza de la comarca de las Merindades de Burgos⁴, en su interior se guardan muchos documentos y testimonios de su pasado escolar, se presentan exposiciones y se desarrollan ciclos de conferencias y otras actividades culturales.

Cabría pensar que el azar ha acercado la herencia de ambos cónyuges, José María y doña Diodora, desde sus solares de nacimiento, Polanco y Valdivielso respectivamente, a una actividad común con la que se siente muy identificado quien escribe estas líneas: la conservación y la difusión del patrimonio histórico escolar. Seguramente sería para ellos una sorpresa, puesto que ni uno ni otra se dedicaron a la enseñanza, pero sin duda alguna constituye una forma muy sugestiva de recuperar una relación, la del novelista con la tierra castellana de su esposa, sobre la que se dispone de escasos testimonios directos.



Fig. 15. Colegio de Quintana de Valdivielso, fundado por la familia de la esposa de Pereda, en la actualidad.

Pero, al menos y sin mayores elucubraciones, resulta más que fiable la presunción del origen castellano de los guardas de la casa perediana de Polanco: con toda probabilidad los trajo doña Diodora desde su pueblo natal, basándose en la confianza que proporciona el paisanaje y probablemente sin que su afamado esposo participara en una decisión tan doméstica y tan alejada del ámbito en el que se desarrollaban sus preocupaciones literarias y políticas.

⁴ Arte y Natura: <http://www.arteynaturavaldivielso.org/>

Acabo este escrito de circunstancias dejando en el aire unos cuantos interrogantes, que bien podrían convertirse en propuestas para investigaciones de mayor alcance y más cuidadosa metodología: ¿Cómo, cuándo y dónde conoció José María de Pereda a su futura esposa? ¿Qué relación mantuvo con los de la Revilla Huidobro, además de las empresas industriales y los negocios en los que participaban ambas familias? ¿Cómo influyeron en su obra literaria el paisaje y las costumbres tradicionales castellanas, aparentemente tan ausentes de sus escritos? ¿Qué recuerdo queda en Polanco de la familia de guardas vallevielsanos? ¿Qué viajes pudo hacer Pereda a Quintana de Valdivielso; a qué se dedicaba en sus posibles estancias; qué testimonios de ellas quedan allí? ¿Acudió alguna vez al colegio de Quintana, a cuya inauguración en 1884 no asistió, y en la que, además de liturgias religiosas, hubo discursos variados y gran concurrencia de gentes importantes de la política y las letras? ¿Se interesó de alguna manera por el rico patrimonio artístico y etnográfico del Valle de Valdivielso?

Aunque otros vientos soplen actualmente, no dejo de tener en cuenta que, por muy *montañés* que resulte José María, en sus tiempos la provincia de Santander era una más de las de Castilla, *La Montaña* no era sino *las montañas de Castilla*, y las Merindades de la provincia de Burgos, lo mismo antes que ahora, la antesala de lo que en nuestros días llamamos Cantabria.

En Polanco y en Toba de Valdivielso, por el otoño de 2010.